

de la razón» (1). Los ateos valen en general más que sus libros; la razón consiste en que no son ateos más que por oposición á una religión positiva, á creencias supersticiosas. Voltaire reconoce que hay ateos virtuosos; cita á Epicuro y á Atico, el amigo de Cicerón. Lo mismo sucede en los tiempos modernos; tal fué el famoso magistrado des Barreaux, el cual, habiendo hecho esperar demasiado tiempo á un litigante, le pagó de su peculio la cantidad que reclamaba. «Pero, añade Voltaire, póngase á esos dulces y tranquilos ateos en puestos muy importantes, en las facciones; póngáelos frente á César Borgia ó Cromwell, ó simplemente frente á un cardenal Retz: ¿creéis que no se harán tan malos como sus adversarios? Véase en qué alternativa se los coloca: ó han de ser imbéciles ó perversos. Sus enemigos los atacan por medio de crímenes; ó se defienden con las mismas armas, ó perecerán. Ciertamente sus principios no se opondrán á los asesinatos, á los envenenamientos que les parezcan necesarios. Una sociedad particular de ateos que pasan tranquilamente sus días en las dulzuras del placer, puede durar por algún tiempo sin dificultad; pero si el mundo estuviese gobernado por ateos, tanto valdría estar bajo el imperio inmediato de esos seres infernales que se nos suelen pintar encarnizados contra sus víctimas» (2).

Voltaire hacía algunas veces una concesión á los ateos, diciendo que valían más que los supersticiosos. Esto era verdad respecto de los enciclopedistas sus amigos, y aún de los partidarios de d'Holbach. Pero esto no le impidió reprobar el ateísmo de una manera absoluta. «No tiene nada de bueno», escribe Voltaire á un marqués que sentía inclinación hacia la filosofía de moda. Un hombre de bien puede ciertamente atacar la superstición y el fanatismo; puede detestar la persecución; presta un servicio al género humano si propaga los principios humanos de la tolerancia; pero ¿qué servicio puede prestar propagando el ateísmo? ¿Serán los hombres más virtuosos por no reconocer un Dios que ordena la virtud? Indudablemente que no. Yo quiero que los prin-

(1) Carta de 15 de Diciembre de 1766 á madame de Saint-Julien (Obras, t. LIII, p. 551).

(2) Homilía sobre el ateísmo (Obras, t. XXIX, p. 432-434).

cipes y sus ministros lo reconozcan, y, si puede ser, un Dios que castigue y que perdone. Sin este freno, los consideraré como animales feroces, que, ciertamente no me comerán después de un gran festín, cuya digestión hagan tranquilamente sobre un canapé con sus queridas; pero que de seguro me comerán, si me cogen entre sus garras un día que tengan hambre, y que, después de haberme comido, ni siquiera creerán haber cometido una mala acción; ni aún se acordarán de haberme tenido entre sus dientes, cuando tengan otras víctimas» (1).

X.

¿Qué diremos de la audacia de los escritores católicos que se atreven á acusar á Voltaire de ateísmo, cuando aquel genio prodigioso pasó su vida defendiendo la existencia de un Sér Supremo contra sus propios amigos? ¿cuando combatía el ateísmo en verso y en prosa, en sus cartas y en sus obras filosóficas? Ya sabemos su vulgar respuesta: el Dios de Voltaire no es el Dios verdadero. No hay para qué decir que el Dios de estos señores es el único Dios verdadero; cuando hablan, habla la verdad eterna por su boca. La preocupación está tan profundamente arraigada en todos los que se llaman cristianos, que hasta los reformados, y entre éstos las inteligencias elevadas, se dejan influir por el orgullo del creyente cuando juzgan á Voltaire. Hemos citado muchas veces al pastor Vinet. Se apodera del verso favorito de Voltaire:

Si Dieu n'existait pas il faudrait l'inventer;

y hace, por decirlo así, su parodia: «Verdaderamente, dice, el Dios de Voltaire es un Dios inventado, un Dios imaginado, según las necesidades de la sociedad. El pueblo no puede prescindir de esta creencia: á Voltaire le parece razonable, especiosa: la idea de Dios tiene importancia, conservemos la idea de Dios. Este teísmo es cuestión de buen sentido. El buen sentido de Voltaire, y no

(1) Carta de 16 de Abril de 1763 al Marqués de Villeville (Obras, t. LIV, p. 532).

su alma, es quien pide un Dios. Cuando lo ha conseguido no sabe qué hacer con él» (1).

En verdad, no hay un cristiano que pueda hacer justicia á un filósofo del siglo XVIII. ¿Se quiere que Voltaire sea un Fenelon, y porque no es un Fenelon, le acusan de ser Voltaire! ¿Podiéramos preguntar á esos severos censores qué era más á propósito para influir sobre un siglo incrédulo, un místico ó un crítico? Los ateos hubieran arrojado al místico á la primera página, calificándole de jesuita y de capuchino: ¿no llamaban santurrón al mismo Voltaire? Y éste al ménos era un predicador que no infundía sueño á su auditorio, que se hacía escuchar hasta por aquellos á quienes atacaba: ¿y por qué? Precisamente porque hablaba á su buen sentido y se dirigía á su razón. Si el siglo XVIII hubiera sido una edad sentimental, hubiera sido por lo mismo una edad de fe, y entonces Voltaire no hubiera sido su ídolo, su rey. Era un siglo de incredulidad, y, si abandonó la fe, fué porque la fe no satisfacía á la razón, y se complacía en oponerse al buen sentido. Para mantener el dogma fundamental de la religion, era necesario un hombre que tomase la defensa de Dios en nombre del buen sentido y de la razón. Por esto Voltaire fué Voltaire. Aparte de esto, ¿es efectivamente cierto que el Dios de los cristianos es el Dios verdadero, y que el Dios de Voltaire es falso? Parece que Voltaire ha previsto la guerra de argucias que se hace á su memoria. El mismo nos dice por qué rechazó al Dios del cristianismo tradicional: nos dice también cuál es su Dios: dejémosle la palabra y el lector juzgará.

Veamos primeramente el Dios de la Biblia: «Ciertos hombres, alimentados con nuestra sustancia, nos dicen: estad seguros de que ha hablado una burra: creed que un pez se ha tragado á un hombre, y lo ha devuelto sano y salvo á la orilla; no tengais duda de que el Dios del universo ha mandado comer mierda á un profeta judío (Ezequiel) y á otro comprar dos mujeres públicas y hacerles hijos de p..... (Oseas). Estas son las palabras mismas que se hace pronunciar al Dios de verdad y de pureza; creed cien cosas visiblemente abominables ó matemáticamente imposibles: si no,

(1) VINET, *Historia de la literatura francesa*, t. II, p. 122.

el Dios de misericordia os quemará, no solamente durante millones de millones de siglos en el infierno, sino durante toda la eternidad, ya tengais un cuerpo, ya no le tengais.» Hé aquí uno de los aspectos del Dios de los cristianos; no era muy del gusto del siglo XVIII. ¿Qué decían los *espíritus fuertes* al leer aquellas inconcebibles majaderías? Decían: «Nuestros maestros nos pintan á Dios como el más bárbaro y como el más insensato de todos los seres, luego no hay Dios.» Ha sido necesario que Voltaire les hiciera volver á creer en Dios por medio del buen sentido. Razonad de este modo, les dice: «Luego nuestros maestros atribuyen á Dios sus absurdos y sus furros, luego Dios es lo contrario de lo que ellos anuncian, luego Dios es tan sabio y tan bueno, como loco y malo lo pintan» (1).

¿Es preferible el Dios de los teólogos? Podemos escoger entre una docena de teologías, cada una de las cuales pretende poseer la única verdadera ciencia de Dios. En Francia no se conocía más que la teología católica, que tiene á su favor el prestigio de una venerable tradicion. ¿Qué nos dice acerca de Dios? Voltaire nos lo dirá: «Los Egipcios adoraban á los gatos y á los cocodrilos. Dejamos al fallo de todo hombre razonable que diga si existe hoy religion que haya sobrepujado tan monstruosos excesos. Ponerse en el lugar de Dios que ha creado al hombre, y crear á su vez á Dios, hacer este Dios con harina y algunas palabras, dividir este Dios en mil dioses, destruir la harina con que se han hecho estos mil dioses, que no son más que un Dios de carne y hueso: crear su sangre con vino, á pesar de que la sangre está ya, segun se pretende, en el cuerpo de Dios: consumir este vino, comer este Dios y beber su sangre, esto es lo que vemos hacer en algunos países, en que sin embargo están las artes mejor cultivadas que entre los Egipcios. Si se nos contase semejante exceso de estupidez como debido á la enajenacion mental de la horda más salvaje de los Hotentotes y de los Cafres, diríamos que se nos engañaba: lo consideraríamos como una fábula; pues, sin embargo, es lo

(1) *Diccionario filosófico*, en la palabra *Atheisme* (*Ateismo*) (*Obras*, t. XXXIV, p. 60).

que sucede todos los días á nuestra vista en los países más civilizados de Europa» (1).

Estas palabras son duras; pero ¿quién, que tenga sus cinco sentidos, se atreverá á decir que son injustas? ¿Tenía razon Voltaire al rechazar con desprecio al Dios-pan, como él lo llama? Y los que tienen que creer en este Dios-pan, si han de ser ortodoxos, ¿tienen derecho para condenar al Dios de Voltaire? Bendigamos su buen sentido porque ha salvado del naufragio á que la arrastraba la teología, la idea de un Sér Supremo. Esta idea, ¿no es para él más que una *invencion*, una palabra con la cual no sabe qué hacer, como pretende Vinet? Voltaire no separa nunca la idea de Dios de la de la virtud. Se llama teísta, y dice que este nombre es el único que debe tomar. ¿No es más que un nombre sin significacion? Voltaire quiere que se lea el gran libro de la naturaleza, escrito por la mano de Dios y sellado con su sello. Y ¿qué lee en él? Que es preciso adorar á Dios y ser hombre de bien. Hé aquí su religion: ésta es la única que se debe profesar (2). Escribe á Federico: «El verdadero culto, la verdadera piedad, la verdadera sabiduría es adorar á Dios como padre comun de todos los hombres, sin distincion, y hacer el bien. La religion no consiste ni en los sueños de los cuákeros, ni en los de los anabaptistas ó de los pietistas, sino en el conocimiento del Sér Supremo que llena toda la naturaleza, y en la virtud» (3).

¿Por qué Voltaire no se contenta con la virtud como los ateos? Los ateos tenían una moral tan pura como la de Voltaire; exceptuando algunos extravíos, era superior á la de los cristianos. ¿Por qué, pues, se obstina Voltaire en añadir la adoracion de Dios? No es hombre que se paga de palabras; hace una guerra demasiado ruda á los dogmas de la teología para imitar á los teólogos. Si insiste tanto sobre Dios, si no separa nunca la virtud de la nocion de Dios, es porque debe haber un vínculo íntimo entre estas dos ideas, y ¿cuál podría ser este vínculo, sino que la moral tiene su base más sólida en la idea de Dios? El Dios de Voltaire es, pues, una pro-

(1) *Profesion de los teístas* (Obras, t. XXIX, p. 354 y sig.).

(2) *Cartas sobre los judíos* (Misceláneas literarias, Obras, t. XLII, p. 235).

(3) Carta de Noviembre de 1769.

videncia. ¡Y se pretende que no es más que una palabra! Vinet cita este pasaje de una carta de Federico II á su amigo el filósofo de Ferney: «Conozco cierto filósofo que vive muy persuadido de que la inteligencia suprema se cuida lo mismo de Mustafá que del cristianismo, y que lo que acontece á los hombres le interesa lo mismo que lo que puede suceder en un homiguero que el viajero aplasta con el pié sin advertirlo.» A esto responde Voltaire: «Ese hombre abominable que está tan seguro de que todo muere con nosotros, pudiera muy bien tener razon» (1). Sería fácil recoger más de un pasaje análogo en la correspondencia de Voltaire. Falta saber si es éste su verdadero pensamiento. Nosotros afirmamos resueltamente que esto es imposible. ¿Para qué le serviría la idea de Dios en tan desconsolador sistema? Y si no sabía qué hacer con ella, ¿por qué su obstinacion en defenderla? En 1752 escribió *Instrucciones para el príncipe de...* En ellas se lee: «Toda la naturaleza os ha demostrado la existencia del Dios supremo; á vuestro corazon toca sentir la existencia del Dios justo. ¿Cómo podríais ser justo, si Dios no lo fuese? Y ¿cómo podría serlo, si no supiese castigar ni recompensar? Yo no os diré cuál ha de ser el premio ni cuál el castigo. No os repetiré: entonces será el llorar y el crujir de dientes, porque nadie me ha demostrado que despues de muertos tengamos ojos y dientes. Los griegos y los romanos se reian de sus furias; los cristianos se burlan sin rebozo de sus diablos, y Belzebú está tan desacreditado como Tisifone. Es una gran necedad mezclar con la religion quimeras que la hacen ridícula. Se corre el peligro de destruir por completo la religion en los ánimos débiles y perversos cuando se deshonorla que se les enseña por medio de absurdos. Hay una estupidez cien veces más horrible, y es atribuir al Sér Supremo injusticias, crueldades que castigaríamos en los hombres con los mayores suplicios» (2).

Voltaire cree, pues, en una justicia divina, y da para esto una razon que merece ser tenida en cuenta. ¿Cómo había de haber una justicia humana, si no hubiese justicia en Dios? Pero tiene buen cuidado de no determinar los procedimientos de Dios en el

(1) Carta al Rey de Prusia, de 24 de Noviembre de 1770.

(2) *Política y legislacion* (Obras, t. XXVI).

ejercicio de la justicia; no habla ni de infierno ni de paraíso, mejor dicho, no cree en ellos. ¿Acaso los cristianos saben algo más? ¿Creen siquiera en sus penas eternas y en su felicidad eterna? Es positivo que la imposibilidad de creer en estos horrores ó en estas tonterías obliga diariamente á salirse del cristianismo á todos los que no pueden ya aceptar las creencias tradicionales. Bendigamos otra vez á Voltaire porque ha conservado al ménos la idea de una justicia divina. Y ¿qué es lo que lo ha salvado de los extravíos de los incrédulos? Su firme creencia en Dios y en su justicia: «*No esperar de Dios ni castigo ni recompensa, dice, es ser verdaderamente ateo. ¿De qué serviría la idea de un Dios que no tuviera ningún poder sobre nosotros?* Es como si se dijera: en la China hay un rey muy poderoso; yo respondería, hágale muy buen provecho; siga en su rincón y yo en el mío; no hago de él más caso que el que él hace de mí: *en este caso yo soy mi Dios para mí mismo, sacrifico el mundo entero á mis caprichos, si encuentro ocasión; no tengo ley, ni miro más que á mí. Si los otros seres son corderos, me hago lobo; si son gallinas, me hago zorro.*»

Voltaire invoca contra el ateísmo las consecuencias funestas que de él se derivan. ¿No era éste el mejor medio de confundir á unos adversarios que sostenían que la existencia de Dios no era más que una hipótesis, de la cual se podía muy bien prescindir? «El ateo pobre y violento, seguro de la impunidad, será un necio, si no os asesina para robaros vuestro dinero. Por consiguiente, todos los vínculos de la sociedad quedan rotos, todos los crímenes secretos invaden la tierra, como las langostas, que cuando apenas se las ve, inmediatamente arrasan la campiña; el pueblo bajo no será más que una horda de bandidos... ¿Quién contendrá á los grandes y á los reyes en sus venganzas, en su ambición, á la cual quieren sacrificarlo todo? Un rey ateo es más peligroso que un Ravallac fanático. Los ateos abundaban en Italia en el siglo XVI; ¿qué sucedió? Se hizo tan frecuente el envenenar como el dar de comer; y el clavar un puñal en el corazón del amigo como el abrazarlo...» (1).

Ahora ya conocemos las creencias fundamentales de Voltaire.

(1) *Historia de Jenny* (Obras, t. XXXIX, p. 319, 109 y sig.).

Los ortodoxos dicen que esto no basta para una religión, que no hay religión sin dogma, y que Voltaire rechaza todos los dogmas. Es verdad que Voltaire limita su religión á la adoración de un Sér Supremo, sin ningún dogma metafísico; pero es menester ver cuáles son los dogmas que rechaza, y si mejoran en algo la religión natural. Voltaire pregunta cuál es la religión que puede hacer el bien sin poder hacer ningún mal. «¿No será aquella que, despojada de toda superstición, alejada de toda impostura, se contenta con dar á Dios acciones de gracias sin pretender entrar en los designios de Dios? ¿No sería la que dijese: seamos justos, sin decir, odiamos, persigamos á los hombres de bien que no creen que Dios es pan, que Dios es vino, que Dios tiene dos naturalezas y dos voluntades, que Dios es tres, que sus misterios son siete, que sus mandamientos son diez, que ha nacido de una mujer, que esta mujer es virgen, que ha muerto, que detesta al género humano, hasta el punto de condenar al fuego eterno á todas las generaciones, exceptuando los frailes y á los que creen á los frailes? ¿Cuál es la religión peligrosa? ¿No lo es evidentemente la que, estableciendo dogmas incomprensibles, da necesariamente á los hombres el afán de explicar estos dogmas cada cual á su manera, excita necesariamente las disputas, los odios y las guerras civiles?» (1).

Mucho más puede decirse acerca de los dogmas que rechaza Voltaire. El siglo XVIII no creía ya en ellos, y á despecho de la reacción religiosa, tampoco cree el siglo XIX. ¿No es ésta una razón perentoria para abandonarlos? ¿Qué se gana conservándolos por la fuerza? Se aleja de la religión á los que quisieran creer y no pueden. La desertión aumenta visiblemente, hasta tal punto que dentro de poco no quedarán en la Iglesia más que tontos é hipócritas. Llamamos tontos á los que no han reflexionado nunca ó se satisfacen con palabras. ¿Dígasenos para qué les sirven los misterios del cristianismo? ¿Se hacen más caritativos, más honrados, por creer en la Trinidad? De cien cristianos no hay uno que se pare á pensar en toda su vida en este famoso misterio, que es, sin embargo, la base de la religión dogmática. ¿No tenía Voltaire mu-

(1) *Ideas de La Motte le Vayer* (Obras, t. XXVI, p. 16-15).

chísima razón en decir: abandonemos esos dogmas que, por lo ménos, son inútiles, y conservemos lo que es útil á todos los hombres? (1) ¡Si aquellos dogmas fuesen solamente inútiles! Pero ¿necesitamos repetir con la historia en la mano que los cristianos han querido obligar á los hombres, espada en mano, á pensar como ellos? Y ¿por qué esta tiranía? Cuando se escucha á la Iglesia, todo es caridad; cuando se ven los hechos, todo es ambición, codicia, dominación. Sí; si la Iglesia se interesa tanto por sus misterios, por su Dios hombre, es porque la divinidad de Cristo, de quien es esposa, es el más sólido fundamento de su poder. ¿Cuál es en definitiva el resultado de los dogmas? ¡La sumisión del género humano á la Iglesia! Si para los sacerdotes es ésta una razón para conservarlos, en la humanidad es una razón para rechazarlos. ¿Perderá por esto toda religión, como pretenden los defensores más ó ménos interesados de la Iglesia? Responderémos con Voltaire: no, porque le queda la creencia de que, *siendo Dios justo, recompensará al hombre de bien y castigará al perverso* (2).

XI.

Voltaire tenía la ambición de destruir el cristianismo. ¿No quería más que la destrucción, la ruina? No, porque no cesa de decir que la religión es el teísmo. Aquel pretendido teísmo, dicen los ortodoxos, no es más que un plagio del cristianismo; Voltaire ha copiado su religión natural de la religión cristiana. Veamos lo que hay de verdad en esta nueva acusación; esto nos permitirá examinar el progreso realizado por el siglo XVIII, y después de él por la revolución.

Voltaire dice que su religión es la de la tolerancia, de la humanidad: «la que sirve á su prójimo por amor de Dios, en lugar de perseguirle y degollarle en nombre de Dios; la que tolera á todas las demas, y mereciendo de este modo su benevolencia, es la única capaz de hacer del género humano un pueblo de hermanos» (3).

(1) *Pensamientos de Voltaire* (Obras, t. XLIII, p. 634).

(2) *Ideas de La Motte le Vayer* (Obras, t. XXVI, p. 16).

(3) *Diccionario filosófico*, en la palabra *Religion*. sec. 1.^a

¿Se dirá que la caridad de Voltaire es un plagio? Verdad es que la Iglesia tiene siempre la caridad en los labios. Pero si, prescindiendo de las palabras, se pasa á ver los actos, ¿qué se encuentra? ¿En que viene á parar el cristianismo? En nombre de la caridad, un hombre de caridad, un santo, ha formulado la teoría de la persecución; en nombre de la caridad se han encendido las hogueras; en nombre de la caridad se ha visto la tierra inundada en la sangre de los herejes. Voltaire hace de la caridad el principio de la tolerancia, al paso que la Iglesia se hace intolerante por caridad. La palabra caridad aparece en los dos campos, pero ¿qué diferencia en la idea que representa en cada uno de ellos! No: Voltaire no es un plagiarlo; se inspira en el amor de la humanidad, y este sentimiento es desconocido á la Iglesia.

Voltaire, aunque hablaba el lenguaje cristiano, tenía conciencia del abismo que lo separaba del cristianismo tradicional; dice, hablando de Dios:

Je ne suis pas chrétien, c'est pour l'adorer mieux (1) (a).

Esta frase ha sido repetida en el siglo XIX por un gran poeta. También Schiller dice que no es ni protestante ni católico; ¿y por qué? Por religión. La religión de la humanidad moderna no es, pues, ya la religión del pasado; los nombres, las palabras son los mismos, pero la idea ha cambiado. El verso que acabamos de citar lo escribió Voltaire en su juventud, cuando aún no había emprendido la guerra á muerte contra el cristianismo; el poeta es, como Schiller, el órgano de la conciencia humana, y sus palabras tienen, por lo tanto, más peso. En otro poema presentó á Dios como un sér lleno de bondad é indulgente con las necedades de la especie humana. Los celosos se alarmaron de aquel atrevimiento: «Necesitan irremisiblemente, dice Voltaire, un Dios tirano; pero digan lo que quieran, añade, yo seguiré teniéndolo por tan bueno y tan sabio, como estúpidos y malos son esos señores» (2).

Voltaire da muy poca importancia al dogma; la teología había

(1) *El Pro y el Contra* (1722).

(a) No soy cristiano, para adorarle mejor.

(2) *Carta de 4 de Agosto de 1728 á Thiriot* (Obras, t. XLVI, p. 162).